

EL ORDEN SOCIAL EN LOS RÍOS PROFUNDOS: UNA MIRADA ANTROPOLÓGICA



// **Estefanía Ramírez**

Estudiante de Antropología
Universidad de Antioquia

Este texto tiene como objetivo principal analizar aspectos que definan el orden social como uno de los elementos antropológicos que presenta la novela *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, categoría que se pretende abarcar desde diferentes puntos de vista. Para lo anterior, se sostendrá que dicho orden social no se caracteriza por ser imperturbable, sino más bien fluctuante. Esto se desarrollará a la luz de la etno-literatura como método propuesto por Manuel de la Fuente Lombo, quien sugiere practicar antropología desde la literatura (Fuente Lombo, 1994), puesto que, para efectos de estas letras, y siguiendo a Joan F. Mira, “[...] puede ser mucho más que pasatiempo sin sustancia” (2007: 548). Inicialmente se abarcarán temas que ponen en evidencia la asimetría y desigualdad en la escala social de Abancay, para luego dar cuenta de prácticas y discursos por los cuales dichas diferencias pretenden ser perpetuadas. Finalmente se hará referencia a la falta de estatismo de las mencionadas posiciones sociales y a la posibilidad que tienen los habitantes del pueblo de cuestionarlas y desafiarlas. En ese orden de ideas, se espera que los argumentos aquí planteados den cuenta de ideologías o formas de vivir que se desprenden del análisis de la obra autobiográfica de Arguedas.

El primer elemento que se tomará en cuenta para evidenciar las posiciones sociales en

Abancay, según el contexto planteado por José María Arguedas, son las descripciones que el autor hace de determinados lugares. Un común denominador que obedece a las condiciones de las personas prestigiosas del pueblo es la comodidad de los espacios en que habitan. Respecto de las casas de los hacendados, por ejemplo, afirma que “tiene[n] un patio y un corral, grandes; un corredor, una despensa, un troje, una sala amueblada con bancas y sillones antiguos de madera [...]” (Arguedas, 1986: 31). Del mismo modo, al referirse a los terratenientes, las autoridades departamentales y los comerciantes dice que habitaban “casas [que] tenían grandes huertas de árboles frutales. La sombra de los árboles llegaba hasta las calles.” (Arguedas, 1986: 38). En clara contraposición a las condiciones descritas, el autor hace énfasis en el barrio Huanupata, único lugar en que había chicherías y cuyo nombre significaba “morro del basural”. No será coincidencia, entonces, que justo después de esta afirmación Arguedas aclare que quienes habitaban este lugar eran “[...] las vendedoras de la plaza del mercado, los peones y cargadores que trabajan en menesteres ciudadanos, los gendarmes, los empleados de las pocas tiendas de comercio [...]” (Arguedas, 1986: 36).

Todo lo anterior podría derivar en sugerir que Arguedas consigue, incluso, que se perciba un caso de correspondencia entre las personas y los lugares que habitan, sin afirmar que él lo legitime. Por el contrario, el narrador es quien lamenta constantemente las condiciones en que deben vivir las clases bajas de Abancay.



En relación con lo anterior, y con el propósito de hacer evidente la estrecha cercanía que suponen los lugares que frecuentan determinados grupos sociales y la forma despectiva en que algunos de estos son nombrados, se resaltarán aquí algunas situaciones que dan cuenta de ello. Inicialmente se mencionará a “los negros”, categoría que no es recurrente en la historia, pero su aparición es contundente y obedece al episodio en que se ven envueltos el Lleras y el Hermano Miguel, quien es afroperuano. Con las intervenciones de algunos estudiantes se devela la concepción que se tenía de aquellos. El encargado de referir la historia es Palacitos, quien le dice al Padre Director: “—¡Ha empujado al Hermano! —exclamó Palacitos—. ¡Lo ha tumbado, hermanito! Porque le marcó un fául nada más, le agarró del hombro, y le dijo: “¡Negro, negro é mierda!” (Arguedas, 1986: 97).

Por otro lado, sobre “los indios” —expresión usada gran número de veces entre las conversaciones de los alumnos del colegio— se puede decir que es empleada para denotar inferioridad. Un claro ejemplo de ello es cuando el duelo al que se retaron Rondinel y Ernesto pretende adelantarse, frente a lo cual el primero aduce: “Mi desafío es para el sábado, en el campo de higerillas [...] ¡Quiero ver lo que hago! No soy un indio para trompearme en la oscuridad” (Arguedas, 1986: 65). Valle, por su parte, alumno reconocido por su elegancia, afirma ante su incapacidad de hablar quechua que, por fortuna, no necesitará de los indios, pues espera ir a vivir a Lima o al extranjero (Arguedas, 1986).

Sin embargo, dichas aseveraciones no provienen únicamente de los alumnos del Colegio. El Padre Director también hace

afirmaciones similares cuando, al morir La Opa, no puede controlar su ira y la culpa de haberse involucrado con los indios en la hacienda, con los enfermos (Arguedas, 1986). Del mismo modo, finalizando el libro, cuando tiene lugar el suceso de enviar a Ernesto a la hacienda de su tío, lo previene, no sólo frente a los indios, sino con respecto a sus prácticas culturales

[...] ¡Te advierto! Don Manuel Jesús es severo y magnánimo; es un gran cristiano. En su hacienda no se emborrachan los indios, no tocan esas flautas y tambores endemoniados; rezan al amanecer y al Angelus; después se acuestan en el caserío. Reina la paz y el silencio de Dios en sus haciendas. (Arguedas, 1986: 176)

Luego de lo anterior, Ernesto irrumpe con su visión diferente de la de los demás, proponiendo perspectivas que, a juzgar por lo ya mencionado, son ajenas a las de muchas personas que están a su alrededor. El protagonista de la novela emprende lo que podría llamarse una pequeña revolución, partiendo de aspectos tan aparentemente simples como desposeer de contenidos negativos la forma de llamar a estas personas y, por el contrario, elogiarlos, a la vez que desprestigia la respetable posición de los colonos, la cual daba la impresión de estar preestablecida. “Me criaron los indios; otros, más hombres que éstos, que los ‘colonos’” (Arguedas, 1986: 183). Esta revolución se verá representada en acciones que se expondrán más adelante.

Como se espera haber evidenciado hasta el momento, en la novela de José María Arguedas son claros algunos elementos



que representan la división de rangos sociales dentro del contexto de Abancay, expresado en aspectos como la apariencia de determinados lugares o la forma de nombrar a los “otros”. En este punto se resaltarán acciones concretas que encarnan actitudes hegemónicas relacionadas, en su mayoría, con la religiosidad que personifica el padre Linares, Director del Colegio. Si bien no es ésta la figura central en todas las situaciones, es claro que representa un elemento transversal entendiendo su personaje como la representación de la religión mayormente profesada en el pueblo.

En ese sentido, los azotes que aquel propicia a Ernesto después de haber acompañado a las chicheras en su revuelta son una clara muestra de su poder. No hay que perder de vista que el hombre no concebía únicamente el acto de golpearlo como castigo por huir del internado, sino también como una reprensión de sus ideales. El alumno entiende entonces que mediante su discurso —que está legitimado por su hábito y su posición de importancia religiosa— no sólo puede actuar sobre la concepción del mundo que tiene Ernesto, sino también sobre gran parte de la comunidad de Abancay. Sus palabras pretendían, así, mantener el orden social que había existido hasta el momento en que las chicheras decidieron alterarlo:

El robo es la maldición del alma; el que roba o recibe lo robado en condenado se convierte; en condenado que no encuentra reposo, que arrastra cadenas, cayendo de las cumbres nevadas a los abismos, subiendo como asno maldito de los barrancos a las cordilleras... Hijitas, hermanitas de Patibamba, felizmente ustedes devolvieron la sal que las chicheras borrachas robaron de la Salinera. (Arguedas, 1986: 91)

Lo anterior saltó a la vista de Ernesto, cuestionando explícitamente en su novela los actos del padre Linares, quien modificaba su discurso de acuerdo a su público. “A nosotros no pretende hacernos llorar a torrentes, no quiere que nuestro corazón se humille, que caiga en el barro del piso, donde los gusanos del bagazo se arrastran... A nosotros nos

ilumina, nos levanta hasta confundirnos con su alma...” (Arguedas, 1986: 98). Ernesto profesaba la religión católica y sin embargo cuestionaba el accionar de quien suponía una autoridad para él. Es claro que entre esto y la defensa de los indios, el protagonista de la novela se ubica en una situación compleja de cuestionamientos y búsquedas, de falta de claridad respecto a la posición social que debía asumir en el contexto que Abancay presentaba ante él.

En este punto se hará referencia a la hegemonía practicada desde otro actor social: el padre de Antero —también llamado el Markask’a—. En una conversación que sostenía con Ernesto, adujo que en su hacienda a los colonos:

[...] siempre les echan látigo. Mi madre sufre por ellos; pero mi padre tiene que cumplir. En las haciendas grandes los amarran a los pisonayes de los patios o los cuelgan por las manos desde una rama, y los zurran. Hay que zurrarlos. Lloran con sus mujeres y sus criaturas. Lloran no como si les castigaran, sino como si fueran huérfanos. Es triste. Y al oírlos, uno también quisiera llorar como ellos; yo lo he hecho, hermano, cuando era criatura. (Arguedas, 1986: 117)

Con lo anterior se pretende evidenciar que no era sólo la religión el elemento en que se concentraba el poder, sino que este se extendía a diferentes contextos. De cualquier modo, no hay que perder de vista que quienes recibían las increpaciones de los discursos del Padre Linares podían padecer tanto como quienes recibían las agresiones físicas del



hacendado padre de Antero. El primero se valía de la religión y la profesión del “deber ser”, y el segundo empleaba el látigo para demostrar su superioridad, pero ambos conseguían fines similares. En la novela el castigo de la mente y el cuerpo dejan entrever sufrimiento y arrepentimiento, siendo así evidentes las profundas desigualdades en cuanto a la percepción de la humanidad del “otro” y la actitud paternalista que frente a este se adoptaba, las cuales seguían extendiendo una cosmovisión y forma de vida “adecuadas”, además de alimentar, sin duda, los cuestionamientos de Ernesto.

Ahora bien, la forma como hasta el momento se ha hecho referencia al orden social representado en la novela de José María Arguedas da la impresión de un estado permanente e imperturbable. Sin embargo, cabe mencionar que el texto está plagado de una constante toma y abandono del poder, y un evento puntual que hace referencia a lo anterior es la manifestación de las chicheras frente a la situación con la sal en Abancay. En ese momento el narrador es claro al dar la sensación al lector de que el poder, por fin, se ha concentrado en el pueblo: las mujeres y hombres protagonistas del suceso habían sido—hasta ese momento—personajes de a pie que se veían sometidos de diferentes formas por quienes ocupaban altos rangos sociales. Doña Felipa—la cabecilla de las mujeres manifestantes— “se había terciado un rifle a la espalda. Un gran sudor le chorreaba de los cabellos. Subida en el alto poyo del corredor, miraba agudamente a todos” (Arguedas, 1986: 75). Al conseguir cooptar los sacos de sal “presidió ella, desde lo alto del poyo. No hubo desorden. Con cuchillos, las chicheras encargadas abrían los sacos y llenaban las mantas de las mujeres” (Arguedas, 1986: 76).

Otros personajes participantes de la manifestación fueron los humildes parroquianos, quienes, a pesar de la captación de sus fusiles por parte de la fuerza pública, continuaban la revuelta formando barreras pasivas que impedían el avance de los hombres de corbata (Arguedas, 1986). Sin embargo, y nuevamente, al pensar que el mando se quedaría en manos de los habitantes de Abancay y de las valientes chicheras, estas son humilladas y azotadas, viendo dichas acciones como un nuevo arrebato de la batuta que dirigía los

hechos que darían respuesta a las necesidades del pueblo. En cuanto a doña Felipa, cabe decir que su fuga efectiva puede entenderse como una burla a la autoridad y como una clara luz en la penumbra en que vivía Ernesto: la mujer se convirtió para él en una figura que recordaba con respeto y admiración. Ella encarnaba la esperanza y la posible vía para el fin del sufrimiento de los menos favorecidos en las agudas condiciones de desigualdad.

Por otro lado, dicha apariencia de estatismo en el orden social se ve roto también por actos que derivan de interacciones aparentemente simples entre los alumnos del Colegio que, además, pueden estar mediadas por elementos materiales como los casos que serán mencionados. Un claro ejemplo de ello es Antero, quien llevó por primera vez un zumbayllu al Colegio. Uno de aquellos días el alumno lanzó varios zumbayllus al aire, dándolos como regalo a sus compañeros. “Hasta aquella mañana de los zumbayllus, Antero había sido notable únicamente por el extraño color de sus cabellos y por sus grandes lunares negros” (Arguedas, 1986: 58) Como consecuencia de su accionar se tiene que la concepción que de él tenían los otros alumnos no estuviera concentrada únicamente en su particular apariencia física.

Además, dos personajes que representan un caso particular respecto a este punto son Palacitos y su padre, quienes venían de un ayllu de indios. Como se ha aclarado hasta el momento, los indios en Abancay tienen multitud de carencias, pero a juzgar por las ofrendas del padre de Palacitos al Director del Colegio, se puede afirmar que su caso representa una marcada excepción, pues cuando iba al internado “dejaba valiosos obsequios para el Director y para los otros frailes. Traía cuatro o cinco carneros degollados y varias cargas de maíz y de papas” (Arguedas, 1986: 43), situación que también puede ilustrarse con el oro que ofrece el indio Palacios a Romero y a Ernesto.

Como se ha visto, la posición social en la novela de Arguedas puede moverse de un lugar a otro sin obedecer a fronteras claramente delimitadas, y en ese sentido las diferencias sociales pueden mitigarse consiguiendo que determinados actores en la novela alcancen un nivel de “igualdad”. Como se recordará,

Añuco y el Lleras construían su posición social valiéndose de actos violentos con los cuales fortalecían las barreras que los alejaban de los demás estudiantes, quienes, a su vez, se veían obligados a guardar respeto y distancia por temor. En ese sentido, la violencia puede entenderse como un elemento que legitima el poder de algunos personajes. Extrapolando lo anterior a otro caso puntual, se dirá que una situación similar se puede evidenciar en el encuentro violento pactado por Rondinel y Ernesto, en el cual se daría como resultado un incremento del respeto hacia el ganador de la pelea. Sin embargo, frente a ello tuvo lugar una pacificación entre aquellos mediada por Antero, quien se encargó de que olvidaran el reto al que se habían citado previamente. Apretar sus manos y sonreír eliminó cualquier posibilidad de un encuentro violento. La acción que sucedió a la reconciliación fue la propuesta de Rondinel a Antero y Ernesto: “—¡Juguemos, hermanitos! —gritó de repente—. ¡Juguemos al zumbayllu! ¡Vamos!” (Arguedas, 1986: 72). Se podría pensar, entonces, que la violencia y el juego son actividades contrapuestas en el contexto particular del Colegio. El segundo facilita que una buena convivencia tenga lugar y que los alumnos conciban el escenario como un lugar donde cohabitan como iguales.

En conclusión, es claro que los elementos referentes al orden social en la novela de José

María Arguedas son recurrentes. Lo anterior puede ser entendido como una preocupación propia del autor, quien en *Los ríos profundos* constantemente se interroga frente a la realidad en la que debe existir. Pese a ello, se debe afirmar que dicho orden social representado, entre otros, en la concepción

de espacios, en los discursos y en las acciones no es estático, sino más bien dinámico. Las fronteras entre una posición y otra pueden cruzarse de diferentes maneras, lo cual se puede evidenciar claramente en la manifestación de las chicheras y en los elementos materiales que otorgan poder a quien los posee, consiguiendo incluso que marcadas diferencias sean difuminadas mediante acciones concretas.

Bibliografía

- Arguedas, José María (1986). *Los ríos profundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho
- Fuente Lombo, Manuel de la (1994). “La etnoliteratura como método antropológico”. En Manuel de la Fuente Lombo. (Ed.). *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en Antropología*. Córdoba: Universidad de Córdoba, pp. 51-72.
- Mira, Joan F (2007). “Literatura y antropología”. En Carmelo Lisón Tolosana. (Ed.). *Introducción a la antropología social y cultural. Teoría, método y práctica*. Madrid: Akal, pp. 547-567. ■

